

1



Las puertas del autobús se abrieron con un chirrido, depositaron a la mujer en la parada, y se cerraron con un chasquido metálico. Como si no le importara en absoluto el viento ni la fuerte lluvia que la azotaban, la mujer se quedó allí quieta, observando cómo volvía a arrancar el vehículo haciendo rechinar las marchas en el difícil descenso de la colina. Y sólo cuando el autobús hubo desaparecido tras los setos, se volvió para contemplar las pendientes cuajadas de hierba que se extendían a ambos lados de la carretera. Bajo el chaparrón, ambas pendientes se desleían en el gris del cielo, de manera que resultaba difícil decir dónde comenzaba una y dónde terminaba la otra.

Apretándose con fuerza el cuello de la gabardina, salió de allí, sorteando los charcos que había en el deteriorado asfalto del arcén que bordeaba la carretera. Aunque el lugar estaba desierto, vigilaba atentamente la carretera por delante de ella, y de vez en cuando volvía la vista atrás. No había en esa actitud nada especialmente sospechoso: en un lugar como aquél, tan aislado, lo más probable es que cualquier chica hubiera tomado las mismas precauciones.

Su aspecto no ofrecía muchas pistas sobre su identidad. El viento agitaba sin cesar el pelo castaño sobre su rostro de anchas mandíbulas, oscureciendo sus rasgos con un velo en perpetuo movimiento, y su ropa no llamaba la atención. Si al-

guien hubiera pasado por allí, la hubiera tomado por una vecina de la zona que volvía a casa, con su familia.

Pero la verdad no podía ser más diferente.

Se trataba de Sarah Jerome, una colona fugada que huía de la muerte.

Al llegar un poco más allá, se volvió de repente hacia el borde y se internó por una abertura del seto. Se metió en un pequeño hoyo al otro lado y, agazapada, se dio la vuelta para examinar la vista que tenía de la carretera. Allí permaneció unos cinco minutos, escuchando y observando ojo avizor, como un animal cuya vida peligraba. Pero no vio otra cosa que el azote del agua y el rugido del viento: estaba completamente sola.

Se anudó un pañuelo a la cabeza y salió del hoyo. Alejándose a toda prisa de la carretera, cruzó el campo al abrigo de un destartalado muro de piedra. A continuación subió a buen paso la empinada cuesta, hasta alcanzar la cumbre de la colina. En aquel punto, en el cual su silueta se recortaba en el cielo, Sarah sabía que estaba muy expuesta, y sin perder tiempo empezó a descender por el otro lado hacia el valle que se abría ante sus ojos.

A su alrededor, el viento, canalizado por las curvas del terreno, enviaba el agua en remolinos, como diminutos tornados. A través de ellos, percibió con el rabillo del ojo algo que se agitaba. Se quedó petrificada, y se giró para ver aquella cosa pálida. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal... Aquello no tenía nada que ver con la oscilación de las matas de brezo ni con la ondulación de la hierba agitada por el viento... Se movía con otro ritmo diferente.

Fijó la mirada en aquel punto hasta distinguir de qué se trataba. Allí, en plena ladera, salió a la vista un pequeño cordero, que retozaba y hacía cabriolas entre las matas de cañuela. Delante de sus ojos, el cordero corrió a esconderse entre unos raquíticos arbolillos, como si algo lo hubiera asustado. Sarah se estremeció. *¿Qué era lo que lo había hecho escapar? ¿Había alguien*

más por allí cerca? ¿Otro ser humano? Se puso tensa, pero se volvió a relajar cuando vio que el corderillo volvía a salir al claro, esta vez acompañado por su madre, que pacía sin prestar atención mientras la cría se restregaba contra su costado.

Era una falsa alarma, pero el rostro de Sarah no reflejó asomo de alivio ni de regocijo. Sus ojos no se prendieron del cordero cuando volvió a corretear, con su lana virgen que parecía algodón, en marcado contraste con la lana áspera y sucia de su madre. No había tiempo para tales entretenimientos en la vida de Sarah, ni en aquel momento ni nunca. Ella estaba ya repasando la ladera opuesta del valle, escudriñándola en busca de cualquier presencia sospechosa.

Volvió a ponerse en camino por entre la céltica quietud de la frondosa vegetación y sobre las lisas piedras hasta llegar al arroyo que corría por lo hondo del valle. Sin dudar un instante, pisó en las aguas cristalinas y caminó con decisión por ellas, modificando su dirección para seguir la del arroyo, y utilizando las piedras cubiertas de musgo para pisar sobre ellas siempre que eso le permitía avanzar más aprisa.

Cuando creció el nivel del agua, amenazando con metérsele por los zapatos, dio un salto para volver a la orilla, que estaba alfombrada de una mullida capa de hierba recortada por las ovejas. Pero siguió caminando aprisa, sin descanso, y antes de que pasara mucho tiempo, vio una alambrada oxidada, y a continuación la senda agrícola que sabía que iba por el otro lado.

Entonces vio lo que había estado buscando. En el punto en que la senda agrícola cruzaba el arroyo, había un rudimentario puente de piedra, cuyos bordes, erosionados, reclamaban a gritos una reparación. El camino que ella llevaba, a la vera del arroyo, la llevaba derecha allí, y en su impaciencia por llegar, echó a correr hacia aquel punto. Alcanzó su destino pocos minutos después.

Agachándose bajo el puente, se detuvo para liberar su pelo del pañuelo y secarse la humedad de los ojos. Después

cruzó al otro lado, donde se quedó completamente inmóvil, escudriñando el horizonte. Se acercaba la noche, y el destello rosáceo de las luces recién encendidas comenzaba a filtrarse por la pantalla de robles que ocultaba completamente el distante pueblo, salvo la punta de la aguja de la iglesia.

Regresó hasta un punto situado en la mitad de la parte inferior del puente y se agachó cuando se le enganchó el pelo en la áspera piedra que tenía por encima de la cabeza. Localizó un bloque irregular de granito que sobresalía ligeramente de la superficie. Con ambas manos, comenzó a extraerlo moviéndolo a izquierda y derecha, y después arriba y abajo, hasta que salió completamente. Tenía el tamaño y el peso de varios ladrillos de obra, y el esfuerzo le arrancó un gruñido al agacharse para dejarlo en el suelo, a sus pies.

Se irguió, miró en el hueco y metió el brazo hasta el hombro para tentar el interior. Tuvo que apretar la cara contra el muro de piedra, y encontró entonces una cadena de la que intentó tirar. Estaba atascada. Por mucho que lo intentara, no conseguía moverla. Lanzó una imprecación y, aspirando fuerte, se colocó lo mejor que pudo para volver a intentarlo. Esta vez la cadena cedió.

Nada sucedió durante un rato, mientras seguía tirando con la mano de la cadena. Después oyó un sonido, como un trueno que estallara en las mismas profundidades del puente.

Ante ella se abrieron, escupiendo polvo de argamasa y de líquenes secos, unas juntas hasta ese momento invisibles. Toda una sección del muro retrocedió para elevarse después, dejando abierto un agujero irregular del tamaño de una puerta. Todo terminó con un ruido sordo que hizo temblar la totalidad del puente, y volvió a hacerse un silencio en que sólo se oía el murmullo del arroyo y el golpeteo de las gotas de lluvia al caer.

Penetrando en el oscuro interior, sacó de un bolsillo una linternita de llavero y la encendió. El círculo de tenue luz le mostró que se hallaba en una cámara de unos quince metros

cuadrados, que tenía un techo lo bastante alto para permitirle estar de pie. Miró a su alrededor observando las motas de polvo que flotaban perezosamente en el aire, y las telarañas, espesas como restos de un tapiz podrido, que engalanaban la parte superior de los muros.

Había sido construido por el tatarabuelo de Sarah el año antes de llevarse a su familia al mundo subterráneo para iniciar con ella una nueva vida en la Colonia. Maestro cantero de oficio, había utilizado toda su habilidad para conseguir ocultar la cámara dentro del ruinoso puente, utilizando a propósito un lugar situado a varios kilómetros de cualquier parte, y al que se llegaba por una senda agrícola apenas transitada. Por qué motivo se había tomado tanto trabajo, era algo que ni siquiera los padres de Sarah habían sido capaces de explicarle. Pero fuera cual fuera el propósito original, aquél era uno de los poquísimos lugares en que se sentía realmente a salvo. Podía no estar en lo cierto, pero el caso es que estaba segura de que nadie la encontraría allí jamás. Se quitó el pañuelo, se soltó el pelo y se relajó.

Sobre el suelo cubierto de arenilla, sus pies quebraron el silencio sepulcral al acercarse a la estrecha repisa de piedra que había en la pared opuesta a la entrada. A cada extremo de la repisa había un oxidado hierro vertical. Unas fundas de piel cubrían las puntas.

—Hágase la luz —dijo en voz baja. Alargó las manos y simultáneamente sacó ambas fundas para dejar libres dos esferas luminiscentes, sujetas sobre cada uno de los hierros por una garra herrumbrosa.

No más grandes que mandarinas, de cada una de las cristalinas esferas salió una misteriosa luz de color verde de tal intensidad que se vio forzada a taparse los ojos. Era como si su energía hubiera estado fortaleciéndose bajo las fundas de cuero y se desprendiera ahora a raudales en su recién recuperada libertad. Acarició con las yemas de los dedos una de las esferas, palpando su superficie fría como el hielo, y sintió

un ligero estremecimiento, como si ese contacto estableciera algún tipo de conexión con la oculta ciudad donde tales esferas eran comunes.

Cuánto dolor y sufrimiento había soportado bajo aquella misma luz.

Posó la mano en la parte superior de la repisa, y la hundió en la gruesa capa de polvo que la cubría.

Tal como esperaba, su mano encontró una pequeña bolsa de plástico. Sonrió, la levantó y la sacudió para desprenderle la suciedad. La bolsa estaba cerrada con un nudo que rápidamente deshizo con sus fríos dedos. Sacó de dentro el trozo de papel cuidadosamente doblado y se lo acercó a la nariz para olerlo. Olfía a viejo y húmedo. Podía asegurar que el mensaje llevaba allí varios meses.

Aunque no siempre había algo esperándola cada vez que iba por allí, se reprochó severamente no haber acudido antes. Pero raras veces se permitía consultar aquel «buzón» secreto en intervalos menores de seis meses, porque tal actividad resultaba peligrosa para todos los implicados. Aquéllas eran las únicas ocasiones en que entraba en contacto indirecto con alguien perteneciente a su vida anterior. Siempre había un riesgo, por pequeño que fuera, de que el correo fuera seguido al salir de la Colonia para salir a la superficie en Highfield. Tampoco podía ignorar la posibilidad de que lo hubieran descubierto en el viaje desde el mismo Londres. No se podía estar seguro de nada. El enemigo era paciente, absolutamente paciente y calculador, y Sarah sabía que nunca cejarían en sus esfuerzos por capturarla y matarla. Tenía que vencerlos con sus propias armas.

Consultó el reloj. Siempre cambiaba su ruta hacia y desde el puente, y no le quedaba mucho tiempo para la caminata a través del campo hasta el pueblo en que tenía que coger el autobús para volver a casa.

Hubiera debido ponerse en camino, pero el ansia de recibir noticias sobre su familia era demasiado fuerte. Aquel

papel era la única conexión que tenía con su madre, su hermano y sus dos hijos: para ella era como una cuerda de salvación.

Necesitaba saber qué decía. Volvió a oler la carta.

Aparte de esa necesidad que sentía de enterarse de cualquier cosa sobre ellos, había algo más que la empujaba a quebrantar el procedimiento cuidadosamente diseñado que seguía de manera infalible cada vez que se acercaba al puente.

Era como si el papel desprendiera un olor distinto y poco grato, un olor que dominaba entre la mezcla de olores a moho de la fría y húmeda cámara. Era fuerte y desagradable: era el olor de las malas noticias. Hasta entonces sus premoniciones habían acertado y le habían sido útiles, y no estaba dispuesta a empezar a ignorarlas.

Con creciente aprensión, miró fijamente la luz de la esfera más próxima, jugando con el papel entre los dedos mientras resistía el impulso de leerlo. Después, consternada por su propia debilidad, hizo una mueca y desdobló el papel. De pie ante la repisa de piedra, examinó la carta bajo la verdosa iluminación.

Frunció el ceño. La primera sorpresa fue ver que el mensaje no estaba escrito de puño y letra de su hermano. Aquella letra algo infantil le resultaba desconocida. Siempre era Tam quien escribía. Su premonición había acertado: comprendió de inmediato que había algún problema. Le dio la vuelta al papel para buscar un nombre al final de la carta. «Joe Waites», pronunció en voz alta, sintiéndose cada vez más inquieta. Eso no presagiaba nada bueno. En ocasiones, Joe actuaba de correo, pero el mensaje lo escribía Tam.

Temerosa, se mordió el labio y empezó a leer, recorriendo velozmente con la vista las primeras líneas.

—¡No, Dios mío! —soltó con la voz ahogada, negando con la cabeza.

Volvió a leer la primera cara de la carta, incapaz de aceptar lo que ponía, diciéndose que debía haberlo entendido mal, o

que tenía que haber un error por alguna parte. Pero era clara como la luz del día, y las frases, formadas de manera muy simple, no dejaban lugar a la confusión. No tenía tampoco razón alguna para dudar de lo que decía: aquellos mensajes eran lo único en que confiaba, el elemento permanente en su vida nómada y sin descanso. Le daban un motivo para seguir.

—No, Tam no... Tam no... —gemía.

Como si hubiera recibido un golpe físico, cayó sobre la repisa de piedra y se apoyó en ella con todo su peso para sostenerse.

Aspiró hondo, temblando, y se obligó a dar la vuelta a la hoja y leer el resto, mientras con la cabeza negaba enérgicamente y murmuraba:

—No, no, no... No puede ser...

Como si la primera cara no fuera lo bastante terrible, lo que había en el reverso era sencillamente más de lo que era capaz de asimilar. Con un grito, se apartó de la repisa y se dirigió al centro de la cámara. Balanceándose y rodeándose con los brazos, alzó la cabeza y miró al techo sin ver.

De repente, sintió la necesidad de salir. Atravesó la salida a toda prisa, frenética. Dejó el puente tras ella, sin detenerse. Mientras avanzaba ciegamente por un lado del arroyo, se iba haciendo de noche y la lluvia seguía cayendo en forma de una persistente llovizna. Sin saber adónde la conducían sus pasos ni preocuparse de ello, corrió por la hierba empapada, resbalándose.

No había llegado muy lejos cuando tropezó y cayó de bruces en el centro del arroyo, salpicando agua por todas partes. Se puso de rodillas. La cristalina agua la abrazaba por la cintura, pero su pena era tan devastadora que no notó el contacto helado. La cabeza le daba vueltas sobre los hombros, como poseída por el más intenso de los sufrimientos.

Hizo algo que no había hecho desde el día que escapara a la Superficie, el día en que había abandonado a sus dos niños y a su marido: empezó a llorar, al principio tan sólo unas po-

Descubrimientos

cas lágrimas, pero después fue incapaz de controlarse y las lágrimas le cayeron por las mejillas a borbotones, como si se hubiera roto un dique.

Lloró hasta que no le quedaron lágrimas. En el momento en que se puso en pie lentamente, luchando contra la creciente corriente del arroyo, su rostro era una airada y fría máscara de piedra. Sus manos chorreantes se cerraron, y levantó al cielo los puños al tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: un grito salvaje y primigenio que recorrió el vacío valle.

2



—¡Entonces mañana no hay cole! —gritó Will a Chester en el Tren de los Mineros que los alejaba de la Colonia y los hundía velozmente en las entrañas de la Tierra.

Se desternillaron de risa, pero la risa duró poco y enseguida se quedaron callados, sintiéndose contentos de estar de nuevo juntos. Mientras la locomotora de vapor avanzaba traqueteando por los raíles, los dos muchachos permanecieron inmóviles sobre el suelo del enorme vagón descubierto en el que Will había encontrado a Chester oculto bajo una lona.

Unos minutos después, Will levantó las rodillas y se frotó una de ellas, que le había quedado dolorida después de tirarse a ciegas al tren, unos kilómetros antes. Al verlo, Chester le dirigió una mirada interrogante, a la que Will respondió levantando el pulgar y asintiendo con la cabeza para mostrar su entusiasmo.

—¿Cómo has llegado aquí? —gritó Chester tratando de hacerse oír por encima del estrépito del tren.

—¡Cal y yo —respondió Will gritando igualmente, y señalando por encima del hombro para indicar la parte de delante del tren, donde había dejado a su hermano. Después señaló con un movimiento de la mano el techo lleno de centellas del túnel— saltamos...! ¡Imago nos ayudó!

—¿Eh?

—¡Imago nos ayudó! —repitió Will.

—¿Imago? ¿Eso qué es? —gritó Chester aún más fuerte, poniéndose la mano en la oreja.

—No importa —dijo Will moviendo exageradamente los labios y negando con la cabeza, con la esperanza de que pudieran comunicarse leyéndose los labios. Sonrió a su amigo y le gritó—: ¡Mola que estés bien!

Quería darle la impresión a Chester de que no había nada de lo que preocuparse, aunque el futuro lo aterrorizaba. Se preguntaba si su amigo sabía que se dirigían a las Profundidades, un lugar del que la gente de la Colonia hablaba con espanto.

Will volvió la cabeza para echar un vistazo a la pared del fondo del vagón. Por lo que había visto hasta aquel momento, la locomotora y cada uno de los vagones que arrastraba estaban contruidos en una escala varias veces más grande que cualquier tren que hubiera visto en la Superficie. No le hacía ilusión pensar en el lugar en que su hermano lo esperaba. Llegar hasta allí no había sido hazaña pequeña. Will era consciente de que el más pequeño error al pasar de un vagón a otro podría haber supuesto caer a la vía, y con toda seguridad ser aplastado por las gigantescas ruedas que giraban, a veces desprendiendo chispas, sobre los gruesos raíles. Se le hacía duro pensar en ello. Tomó aire.

—¿Listo para ir? —le gritó a Chester.

Su amigo asintió con la cabeza y se irguió con movimientos inseguros. Aferrándose a la pared posterior del vagón, se aseguró frente al incesante balanceo del tren, mientras éste tomaba una serie de curvas en el interior del túnel.

Iba vestido con la chaqueta corta y los gruesos pantalones que constituían el atuendo habitual en la Colonia, pero cuando la chaqueta se le abrió, lo que vio Will le dejó estupefacto.

En el colegio, a Chester lo llamaban el Armario por su imponente corpulencia, pero, mirándolo ahora, parecía haberla perdido completamente. A menos que la luz lo engañara, Chester tenía la cara demacrada y su cuerpo había perdido

gran parte de su masa. Lo más increíble es que, a los ojos de Will, tenía un aspecto de fragilidad. Will conocía bien las espantosas condiciones en que se vivía en el Calabozo, porque no mucho después de que él y Chester llegaran por primera vez al mundo subterráneo los había atrapado un policía de la Colonia y los había metido en una de las celdas oscuras y mal ventiladas de la prisión. Pero Will sólo había permanecido allí alrededor de dos semanas, en tanto que Chester había sufrido mucho más tiempo aquella terrible experiencia. Meses.

Will se dio cuenta de la manera en que estaba observando a su amigo, y se apresuró a apartar la mirada de él. Se sentía culpable porque él era la causa de todo lo que Chester había tenido que soportar. Él, y solo él, había arrastrado a su amigo a todo aquello, empujado por su carácter impulsivo y por la terca determinación de encontrar a su padre.

Chester dijo algo, pero Will no entendió una palabra, estando como estaba examinándolo a la luz arrojada por la esfera que tenía en la mano mientras trataba de adivinar sus pensamientos. Tenía cada centímetro de la cara cubierto por una espesa capa de suciedad depositada por el humo sulfúreo al que se hallaban expuestos de manera constante. Era una capa tan gruesa que parecía una máscara hecha con negro de humo, interrumpida sólo por el blanco de los ojos.

Por lo poco que podía ver Will, Chester no parecía, desde luego, la imagen misma de la salud. Bajo la suciedad del humo, podían apreciarse manchas abultadas de color amoratado, algunas con una cierta rojez donde la piel parecía haberse abierto. El pelo, que le había crecido tanto que se le rizaba en las puntas, estaba lleno de grasa y pegado a los lados de la cabeza. Y por la manera en que Chester le devolvía la mirada, Will supuso que su propio aspecto debía de resultar igual de chocante.

Con cierta incomodidad, se pasó la mano por el pelo sucio y blanquecino, que nadie había cortado desde hacía varios meses.

Pero en aquel momento había cosas más importantes de qué preocuparse. Se desplazó hasta la pared posterior del vagón, y estaba a punto de encaramarse a ella cuando se detuvo y se volvió hacia su amigo. Chester se mantenía a duras penas sobre los pies, aunque era difícil saber hasta qué punto eso se debía al irregular balanceo del tren.

—¿Te sientes capaz? —gritó Will.

Chester asintió con poco entusiasmo.

—¿Estás seguro? —volvió a gritarle.

—¡Sí! —gritó su amigo en respuesta, asintiendo con la cabeza, esta vez más decididamente que antes.

Pero el proceso de pasar de un vagón a otro era cosa peliaguda, por decirlo de la manera más suave posible, y tras atravesar cada uno, Chester necesitaba para recuperarse un descanso cada vez más prolongado. Y no facilitaba las cosas el hecho de que el tren, según parecía, fuera ganando velocidad. Era como si los chicos estuvieran luchando contra vientos de fuerza diez, con los rostros azotados y los pulmones llenándose de pútrido humo cada vez que respiraban. Además de esto, estaban las ráfagas de cenizas y ascuas que brillaban por encima de sus cabezas como luciérnagas muy gordas. Por supuesto, conforme el tren aceleraba, parecía haber cada vez más ascuas iluminando la turbia penumbra que los rodeaba con su estela anaranjada. Al menos eso tenía la ventaja de que Will no necesitaba sacar su esfera de luz.

Avanzaron por la fila de vagones cada vez más despacio, pues Chester tenía muchas dificultades para mantenerse en pie, pese a que usaba las paredes de los vagones para sujetarse.

No pasó mucho tiempo antes de que resultara evidente que no podía seguir. Cayó a cuatro patas, y no pudo hacer otra cosa que seguir a su amigo en aquella postura, muy lentamente y con la cabeza gacha. Pero Will no iba a seguir como si tal cosa, dejando que Chester se las apañara como pudiera. Sin hacer caso de sus protestas, le pasó el brazo alrededor de la cintura y le ayudó a levantarse.

TÚNELES 2 - PROFUNDIDADES

Requería un enorme esfuerzo cargar con Chester en los cambios de vagón que quedaban, y Will tenía que ayudarlo en cada centímetro del camino. Cualquier error podía hacer que uno de los dos, o ambos, acabara entre las enormes ruedas del tren.

Will se sintió más aliviado de lo que hubiera podido explicar cuando vio que sólo les quedaba un vagón que cruzar, porque dudaba sinceramente de que pudiera seguir cargando con su amigo mucho más tiempo. Sujutando a Chester, ambos llegaron a la pared del último vagón y se agarraron a ella.

Will respiró hondo varias veces, preparándose. Chester movía con debilidad sus extremidades, como si apenas tuviera control sobre ellas. Para entonces Will soportaba la totalidad de su peso, y apenas era capaz de moverse. La maniobra ya era bastante difícil de por sí, pero intentar llevarla a cabo con el equivalente a un gran saco de patatas bajo el brazo, resultaba excesivo. Will reunió todas las fuerzas que le quedaban para transportar a su amigo. Entre tensiones y gruñidos, lo lograron finalmente, y en el suelo del último vagón se dejaron caer.

Resultaron bañados de inmediato por una luz intensa. Numerosas esferas de luz del tamaño de canicas grandes corrían sueltas por el suelo. Se habían salido de una endeble caja que había amortiguado la caída de Will sobre el vagón. Aunque ya se había metido unas cuantas en los bolsillos, sabía que tendría que hacer algo con el resto, porque lo último que podía permitirse era que alguno de los colonos que iban en el tren viera la luz y se acercara a echar un vistazo.

Pero por el momento tenía las manos ocupadas, ayudando a su debilitado amigo a ponerse en pie. Con el brazo alrededor de Chester, Will dio patadas a algunas de las esferas que se cruzaban en su camino para no resbalar al pisarlas. Corrieron desordenadamente por el suelo, dejando tras de sí una estela luminosa y chocando con otras esferas a las que pusieron en movimiento, como si se hubiera puesto en marcha una reacción en cadena.

Will respiró con esfuerzo, notando el agotamiento mientras cubrían la escasa distancia que les quedaba. Aunque hubiera perdido peso, Chester no resultaba en absoluto una carga ligera. Tropezando una y otra vez, envuelto en la intensa e inquieta luz, Will tenía el aspecto de un soldado que ayudara a su compañero herido a regresar a sus posiciones mientras una bengala enemiga los descubría en tierra de nadie.

Chester parecía no comprender apenas lo que había a su alrededor. El sudor le caía a chorros de la frente, abriendo grietas en la máscara de suciedad que le cubría el rostro. Will notaba que el cuerpo de su amigo temblaba violentamente contra el suyo, mientras él respiraba con jadeos entrecortados y superficiales.

—Ya llegamos —le dijo a Chester al oído, animándolo a proseguir mientras llegaban a la parte del vagón en que estaban apiladas las cajas—. Cal está justo ahí.

Mientras se aproximaban, Cal estaba sentado de espaldas a ellos. No se había movido del lugar en que lo había dejado Will, entre las cajas astilladas. Varios años más joven que éste, su hermano recién descubierto guardaba con él un asombroso parecido. Cal era también albino y tenía el mismo pelo blanco y anchas mandíbulas que habían heredado de su madre, a la que ninguno de los dos había llegado a conocer. Pero ahora Cal tenía la cabeza agachada y sus rasgos quedaban ocultos mientras se masajeaba suavemente la nuca. Al dejarse caer sobre el tren en marcha, no había tenido tanta suerte como su hermano.

Will ayudó a Chester a llegar a una caja sobre la que éste se dejó caer, agotado. Después Will se acercó a su hermano y le dio una palmada en el hombro, intentando no producirle un susto de muerte. Imago les había dicho que estuvieran alerta porque había colonos en el tren. Pero en ese momento Will no tenía realmente de qué preocuparse respecto a asustar a su hermano, porque Cal estaba tan metido en sus dolores que apenas reaccionó a sus palmadas. Sólo unos segundos

después, y tras varias quejas poco audibles, Cal se dio la vuelta sin dejar de masajearse el cuello.

—¡Lo he encontrado, Cal! ¡He encontrado a Chester! —intentó gritar Will, aunque las palabras apenas le salieron. Cal y Chester se miraron, pero ninguno de ellos habló porque se encontraban demasiado lejos uno del otro para poder comunicarse. Aunque ya se habían conocido antes, eso había ocurrido en la peor de las circunstancias posibles, cuando tenían a los styx pisándoles los talones. Y en aquella ocasión no habían tenido tiempo para muchas cortesías.

Dejaron de mirarse y Chester se bajó de la caja al suelo del vagón, donde apoyó la cabeza en las manos. Evidentemente, el paseo que acababan de dar había acabado con todas las fuerzas que le quedaban. Cal volvió a masajearse la nuca. No parecía en absoluto sorprendido de que Chester se encontrara en el tren, o tal vez fuera que no le importaba. Will se encogió de hombros.

—¡Dios mío, vaya par de supervivientes! —dijo con voz normal para que ninguno de los dos lo oyera por encima del fragor del tren. Pero cuando recordó el futuro que les esperaba, se sintió como si un ratón le royera las entrañas.

Según todos los indicios, se dirigían a un lugar del que incluso los colonos hablaban en voz baja, con respeto. Desde luego, para un colono era uno de los peores castigos imaginables ser «desterrado» allí, a las tierras yermas.

Y los colonos eran una raza extraordinariamente dura, que durante siglos había soportado las peores condiciones de vida en su mundo subterráneo. Así que, si era tan terrible el lugar al que los llevaba el tren, ¿cómo se las iban a apañar ellos? No tenía duda de que iba a ser una dura prueba para los tres. Y estaba claro también que ni su amigo ni su hermano se encontraban en las mejores condiciones, justo en aquel momento, para afrontar nuevos riesgos.

Flexionando el brazo y notando lo rígido que estaba, Will se metió la mano bajo la chaqueta para palparse la herida que

Descubrimientos

tenía en el hombro. Lo había atacado un perro, uno de los feroces perros de presa empleados por los styx, y aunque Imago le había curado las heridas, no se hallaba tampoco en perfectas condiciones. Sin pensar, dirigió la mirada a las cajas de fruta fresca que los rodeaban. Al menos tendrían comida suficiente para reponer fuerzas; pero, por lo demás, apenas se encontraban preparados para nada.

Sentía una responsabilidad inmensa, como si le hubieran atado enormes pesas a cada hombro y no tuviera modo de librarse de ellas. Había implicado a Chester y Cal en aquella caza quimérica en busca de su padre, que ahora se hallaba en algún punto de las tierras desconocidas a las que se acercaban en cada recodo de aquellos túneles retorcidos. Eso en caso de que el doctor Burrows siguiera vivo... Will meneó la cabeza.

¡No! No podía permitirse el lujo de albergar pensamientos negativos. Tenía que seguir, con la esperanza de encontrar a su padre. Y después de dar con él se arreglaría, tal como soñaba... Los cuatro (el doctor Burrows, Chester, Cal y él) trabajarían juntos, como un solo hombre, y descubrirían cosas inimaginables y maravillosas..., civilizaciones perdidas, tal vez nuevas formas de vida... Y después... después ¿qué?

No tenía ni la más remota idea.

No podía adivinar lo que sucedería. Por mucho que lo intentara, no podía saber cómo resultaría todo. Lo único que sabía era que acabaría bien, y que la clave para lograrlo era encontrar a su padre. Eso era lo que tenían que hacer.